Domingo 4º de Cuaresma - Ciclo A
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

del primer libro de Samuel (16,1b.6-7.10-13a):

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: «Llena la cuerna de aceite y vete, por encargo mío, a Jesé, el de Belén, porque entre sus hijos me he elegido un rey.»
Cuando llegó, vio a Eliab y pensó: «Seguro, el Señor tiene delante a su ungido.»
Pero el Señor le dijo: «No te fijes en las apariencias ni en su buena estatura. Lo rechazo. Porque Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón.»
Jesé hizo pasar a siete hijos suyos ante Samuel; y Samuel le dijo: «Tampoco a éstos los ha elegido el Señor.»
Luego preguntó a Jesé: «¿Se acabaron los muchachos?»
Jesé respondió: «Queda el pequeño, que precisamente está cuidando las ovejas.»
Samuel dijo: «Manda por él, que no nos sentaremos a la mesa mientras no llegue.»
Jesé mandó a por él y lo hizo entrar: era de buen color, de hermosos ojos y buen tipo.
Entonces el Señor dijo a Samuel: «Anda, úngelo, porque es éste.»
Samuel tomó la cuerna de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. En aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (5,8-14):

En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz –toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz–, buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciadlas. Pues hasta da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.»

evangelio según san Juan (9,1.6-9.13-17.34-38):

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).»
Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ése el que se sentaba a pedir?»
Unos decían: «El mismo.»
Otros decían: «No es él, pero se le parece.»
Él respondía: «Soy yo.»
Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.
Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo.»
Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.»
Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?»
Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?»
Él contestó: «Que es un profeta.»
Le replicaron: «Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?»
Y lo expulsaron.
Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?»
Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?»
Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.»
Él dijo: «Creo, Señor.» Y se postró ante él.

COMENTARIOS

Cuando uno lee el fragmento del primer libro de Samuel que se proclama en la misa de este domingo, le viene a la mente de inmediato la estatua del David de Miguel Ángel que quien ha visitado Florencia no olvida nunca. Hay que advertir, respecto a esta obra de arte, que el jovencito pastor que se presentó ante el Profeta no iría desnudo, como la marmórea escultura, pero el artista quiso resaltar con esta desnudez total, la belleza con que lo presenta el texto bíblico. (Leí hace poco que la

ciudad de Roma ofreció una copia exacta gratuitamente a un país medio oriental que organizaba una EXPO, pero no se aceptó por considerar que atentaba a la moral. Tampoco entre nosotros, los padres de generaciones pasadas, hubieran llevado a sus chiquillos, o más bien chiquillas, a la plaza de la Signoria, a verla, Ya sé que es copia))
La primera lectura de la misa acostumbra a ser casi siempre una introducción al texto evangélico de la misma misa. La belleza de Jesús no radicaría en su anatomía, pero indudablemente belleza, juventud y humildad, son fieles atributos símbolos de realidades superiores de las que gozaba el Maestro.

La petición que Pablo hace a los cristianos de Éfeso, hoy la haría, hoy la hace, a una buena parte del mundo actual.
Pongo ejemplo.
Avergüenza constatar el cariño que se pone respecto a los animales llegando hasta el punto de que más de uno me ha dicho que su religión es el animalismo. Sin llegar a tanto, muchos aprecian a su mascota de tal manera que le proporcionan alimentos que no ofrecerían a un indigente. Que si salen de casa le dejan un buen sillón para que repose y delante el televisor funcionando, para que el animalito lo pase bien mientras están fuera. Más aun, celebran una fiesta en su honor y provecho el día del aniversario de su nacimiento.
¡San Pablo se irritaría ante tamañas estupideces y nos diría, nos dice: "b*uscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciadlas"*

Permitidme, queridos lectores, que, como en otras ocasiones, me refiera a aspectos del texto evangélico que no corresponden al meollo de la narración, pero que pueden reafirmarla y que probablemente otros no os expliquen.
A las afueras de Jerusalén, los peregrinos interesados, visitábamos un depósito de agua que llegaba por un túnel de la fuente de Guihón, a medio kilómetro aproximadamente. Un prodigio técnico este conducto realizado hace 2700 años. Generalmente descendíamos curiosa y devotamente hasta la superficie, considerando que se trataba de la piscina de Siloé. Y lo de devotamente no es cuento. Sé de una abadesa española que considerando que su comunidad necesitaba algún gesto extraordinario, decidió que peregrinarían a Tierra Santa. Al primer viaje se incorporó ella misma. Al segundo, la otra mitad, no iba ella, pero una de las monjas, casi ciega, se lavó devotamente los ojos en aquella agua y

recobró de inmediato la visión. Tal maravilla juzgo que no podía difundirla sin el permiso de su superiora. En cuanto llegó y conversó, lo comunicó a la comunidad y también a mi amigo fraile franciscano, que fue quien me lo comentó.
Ahora bien tal piscina no correspondía a la evangélica, que ha sido descubierta a inicios del siglo XXIII, y está situada a unos 80m más abajo. Conste que la que hemos visitado, yo al menos bastantes veces y hasta no hace mucho creyendo que era la del tiempo de Jesús, la mandó construir la emperatriz Aelia Eudocia en el siglo V, en honor del milagro del Señor. El agua es la misma, o mejor dicho, si corre, es continuamente diferente, pero, evidentemente, quien cura es Dios, como respuesta o estímulo a la Fe del hombre. De la monja leonesa y del ciego de nacimiento del relato de la misa de hoy ignoramos su identidad, lo que no hay que olvidar es las enseñanzas que aporta.
Y vuelvo a la arqueología. Restaurar la autentica piscina que no he podido ver, ni podré ver, y descubrir el camino que va del depósito a la piscina encargada por la emperatriz, supone derribar casas que pertenecen a la antigua Palestina, habitada por palestinos, que de ninguna manera quieren marchar, es problema de estos días, que Dios quiera que no provoque una contienda. Es una lástima, lo descubierto patentiza que por allí pasaba la principal entrada a la Ciudad, que al aproximarse supone una imponente escalinata.
Hoy debemos observar la valentía de Jesús, que obrando aquel día y en aquel sitio, se la jugaba. Podía perfectamente retrasarse 24 horas y llevárselo a un lugar discreto. Era lo prudente, pero no lo fue.
Sabía bien que su misión se estaba acabando temporalmente, pero quiso arriesgarse. Aquel buen ciego le ilusionó más que los hombres notables que le rodeaban, pero Él no era un prudente funcionario, que es lo más frecuente que encontramos hoy entre la buena “gente de misa” o entre los mejores respetables clérigos formales.
La Iglesia es cosa seria, nadie lo niega, pero ¿a quien entusiasma?
Ilusión y profecía es lo que falta. Reuniones sin estos carismas es lo que sobra.